



Una emoción nueva en los ojos. Una mirada de mujer feliz. La hija de Conchita Piquer y del que fue torero, Antonio Márquez, se ha casado en Madrid

BODA DE TRONIO

BODA de rumbo en Madrid. Boda del torero y la niña. Se casan Curro Romero, de Camas, y Conchita Márquez Piquer, hija de la tonadillera más grande que ha dado a luz el país en los últimos treinta años. Las cinco de la tarde. La niña se viste en su casa de la Gran Vía, rozando el sol dorado de la plaza de España. Y qué bonita está la niña de Conchita Piquer. Si esta criatura cantara... Pero la criatura, de momento, no canta. Los ojos, mientras la visten de

blanco, se le van tras sus pensamientos. Conchita Piquer, sus familiares, tienen los ojos puestos en ella. Pero ella, la niña, los pone en sus pensamientos. «Por favor, que no venga nadie. Que esto se va a colmar de gente y una se casa solo una vez en la vida», decía la tarde anterior. La casa está llena una hora antes de la ceremonia. y ella, tras sus pensamientos...

A esa hora, un kilómetro arriba de la Gran Vía, en el barrio de Salamanca, Curro Romero se deja vestir de cor-

to en la habitación de un hotel. Y bromea, para despistar. «Esto es muy difícil. Esto es más peligroso que salir a la plaza. La procesión va por dentro.» Y tanto que va... El traje campero clásico, según ordenan los mandamientos de la torería, se compone de chaquetilla corta de paño o guayabera en dril o seda blanca, pantalón ceñido o calzóna, zafones, botos enterizos, y para cubrirse del frío el marsellés o zamarra, con amplio cuello y refuerzo en las caderas. De eso, de traje campero, decían

que iba a vestirse el torero de Camas. ¡Qué cosas dice la gente!

Curro viste el traje corto, el traje de gala de los toreros, esa especie de «smoking», esa fiesta de bordados, de riqueza meridional, que —miren por dónde— luce como nada en una boda. A Curro le viste su mozo, Manolo Portabella. Y allá va, hacia los Jerónimos, convaleciente aún de la última cornada. Porque Curro Romero acaba de dejar el sanatorio. «Aunque sea en camilla —ha dicho—, pero

SIGUE

CONCHITA MARQUEZ PIQUER Y CURRO



En la vida llena de triunfos, de aplausos y de felicidad de Conchita Piquer se habrán dado pocos momentos tan culminantes como este. La niña se casa



Curro Romero en el hotel, momentos antes de salir para la iglesia. Falta poco para la ceremonia. Está más nervioso que cuando tomó la alternativa

yo me presento en la iglesia el día 22.»

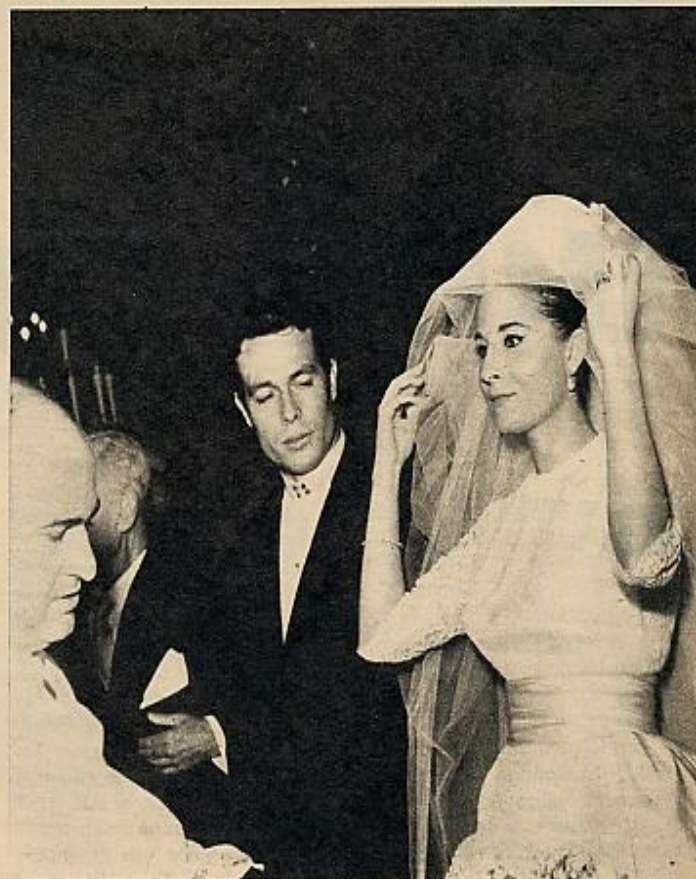
A las seis y media, la boda. Pero ¿cómo? Si casi no pueden penetrar en el templo. Cientos de personas —cientos, si— ocupan las calles adyacentes. Desde la boda de Celia Gámez no ha ocurrido una cosa semejante. Entonces se presentó el «todo Madrid popular». Ahora falta muy poco para el «todo». Hay tanta gente que da la sensación de que han cerrado los cines, las cafeterías, los paseos...

Al fin entran, «Bonita que es la niña de Conchita Piquer.» «¿Pues ha visto usted al novio? Ole...» «¿Y qué pareja hacen...» «Dicen que se van a Mallorca y después a América, donde él tiene que torear unas cuantas corridas.» «¿Y no le dará miedo a ella, a la niña?» «¡Huy, claro que sí! ¿No sabe? ¡La niña quiere que Curro deje el toreo!» Vamos para el altar. No hay quien llegue. Forcejeo. Los fotógrafos no pueden cumplir con su misión. Los invitados se revuelven impacientes. Allí no cabe un alfiler tumbado.

«Concepción Márquez Piquer: ¿Quiere por esposo...?» «Sí quiero.» «Francisco Romero, ¿quiere...?» Claro que quiere. «Qué bonita es la gloria que permite auparse sobre las cosas tristes y llevarse a una criatura como esta.» Y la novia, también con su procesión por dentro, se hace un nudo en la garganta y piensa de seguro: «Qué bonito es ser hija de una mujer famosa y acabar llevándose a un torero como Curro.» En el fondo eso es lo que piensan los viejos y los jóvenes, la gente de la calle, que está siendo testigo de este matrimonio de rumbo, a espaldas del Museo del Prado. Las bodas de tronío tienen estas cosas. Por eso, por eso son de tronío.

Se van. Todos. Se apagan unas cuantas luces en el templo. Se quedan solas las calles que circundan los Jerónimos. Se han casado Curro y Conchita. Pasan unos niños que vienen del colegio. «C'est fini.»

J. L. MARTINEZ REDONDO
(Fotos Alfredo)



Conchita Márquez, dieciocho años. Curro Romero, veintiocho. Ha terminado la ceremonia. La salida del templo se hará difícil. Todo el mundo quiere ver de

RO ROMERO SE CASAN EN MADRID



cerca a la hija de la gran Conchita Piquer y al torero

Centenares de personas se estacionaron en los alrededores de la iglesia de los Jerónimos desde mucho antes de que llegaran los novios. La boda del año congregó en los Jerónimos a ese público popular que no se pierde nunca un acontecimiento de este tipo